

## EL PARAÍSO PERDIDO

En mi niñez, vivía en Bujalance, en una casa humilde y sin pretensiones, a la salida del pueblo. Era una casa pequeña y tibia, rebotante de cal y de luz, desde donde se divisaba la campiña cordobesa, plantada de olivos. Al lado teníamos un pequeño huertecillo que cada año nos brindaba unos cuantos tomates y unas pocas sidras, fruta ésta de la que mi madre obtenía las más delicadas y dulces confituras. Recuerdo con deleite el cabello de ángel, tierno y jugoso, en sinuosas hebras elaborado, y la fruta almibarada que mamá nos daba a comer, después de que sus delicadas manos transformaran en manjares los frutos con que nos obsequiaba generosamente nuestro pequeño huerto.

Como fieles compañeras, esbeltas y lozanas, crecían las rosas por doquier alrededor de las sidras y las tomateras, que reptaban, silenciosas y hermosas, por la tierra parda de mi reducido vergel. Rosas amarillas, carmín y blancas, que eran el orgullo y alborozo de mi venerada madre. Y en medio de aquel jardín cotidiano, majestuoso y elegante, alzabase, frondoso, mi almendro idolatrado. Si, para mamá, eran las rosas su mayor primor, mi satisfacción estribaba en aquel almendro sano y fuerte que oteaba, erguido, el camino que conducía a Cañete de las Torres.

El almendro era alto como “el espárrago” de la iglesia de la Asunción; duro como la campana de bronce de la parroquia de San Francisco, y verde, como los ojos de la niñita alemana que un día trajera a casa, de tierras arias, mi tío Idalio, el emigrante, con motivo de la romería de San Isidro Labrador. De la base del tronco hasta el nacimiento de las ramas solía estar enjalbegado de blanca cal para evitar que las hormigas trepan hasta los brotes tiernos y lo malograrán. Me lo explicó mi padre una mañana. “*La cal las ahuyenta* “. Desde entonces, cada vez que observaba su tronco argentino, engalanado con el albo color con que se visten las novias vírgenes, pensaba en la cantidad de cosas que sabían los padres..., y sonreía con gozo.

En enero, el almendro florecía, y aquella exhuberancia luminosa encendía el jardín al mediodía, y alcanzaba en su esplendor hasta el dos de febrero, cuando los bujalanceños y bujalanceñas se reunían en torno a las fogatas, celebrando el día de la Candelaria, y, en esos momentos tan emocionantes, yo hubiera deseado ser poeta, y escribir, por ejemplo: “*A las aladas almas de las rosas/ del almendro de nata te requiero...*” Pero aún no era llegado el tiempo en que la poesía irrumpiría en mi vida como un tornado, ay, delicioso y posesivo.

Mi almendro no era igual que los demás almendros que yo conocía. Los que crecían al borde de los caminos estaban viejos y sucios, como olvidados en un trastero, presos de un sopor antiguo. Mostraban las hojas cuajadas de pulgones, polvorientas y pobladas de moho y por su tronco subían sin recato legiones de hormigas que, llegando hasta las ramas más altas, tomaban posesión y campaban a sus anchas, como señores feudales. Carecían de la reciedumbre del acero, y nunca brillaban bajo el fulgente sol del mediodía.

Mi almendro era hermoso, y sus hojas resplandecían, siempre limpias. Por las tardes del verano, cuando trasponía el sol tras las suaves colinas, cuajando de arboles el cielo y tiñendo de ámbar los términos de El Carpio y la capital de los Omeyas, y las bandadas de avutardas volaban hacia el arroyo de la Zarzuela, yo cuidaba de bañarlo mimosamente con una manguera azul que aplicaba a la boca del grifo que teníamos en la cocina. Presionando el dedo pulgar sobre el extremo de la manguera, el agua se esparcía en una llovizna cadenciosa, tenue y fina como una seda, y se derramaba, hoja a hoja, en una dulce caricia, lenta, pausadamente. Después quitaba el dedo y lo regaba en la base del tronco. Se formaba, entonces, un pequeño charco, un lago diminuto, y brotaban de la tierra húmeda esencias fragantes de raíces agradecidas.

Las almendras con que nos obsequiaba eran gordas y mollares, como si fuesen aceitunas de la variedad gordal. Tal era su tamaño que yo las imaginaba como lágrimas de dinosaurios. Las vainas que las protegían del frío y del pedrisco se abrían en dos cuando el fruto estaba en sazón, como labios prestos al beso. Las recogíamos en espuelas de esparto, y pelarlas era un placer pequeño. Aunque no tanto como degustar los cholondros en salsa de almendras y los pestiños que mamá elaborada con tanta destreza como amor.

En las noches calurosas del estío, cuando el tiempo se mostraba benigno y era placentero salir al raso, hombres y mujeres se reunían en el rellano de la casa, junto a mi breve huerto, y hablaban de los tiempos sombríos y siniestros que dejaba atrás la guerra civil: de la parroquia de San Francisco en llamas y los guerrilleros de Sierra Morena. Y los niños, boquiabiertos, escuchábamos embelesados las historias increíbles y lejanas de los mayores. Los hombres rememoraban batallas y escaramuzas, discutiendo apasionadamente por la razón que a cada cual creía asistirle, para concluir de, común acuerdo, eso sí, en que fueron aquéllos unos tiempos bárbaros.

El murmullo de las voces susurradas, envueltas aún de un miedo cercano del que no lograban liberarse, penetraba en la oscura inmensidad con un rumor de agua sosegada, y se iba perdiendo lentamente, escrutando la noche, como las notas de un cansado y viejo violín. El cielo nos miraba, curioso, desde sus innumerables ojos de plata y la luna bañaba de marfil las hojas prietas y sinuosas de mi recio almendro. Eran noches calmas, tranquilas. Y, aunque siendo pobres, la vida nos deparaba no pocos contratiempos y sinsabores, en aquellas horas de dilatada quietud sentíamos una paz honda y dulce inundando nuestros cuerpos, reparando nuestra maltrecha desesperanza con la magia de un bálsamo magistral, cual si un aura liviana, un tenue vientecillo nos besara en el rostro. Eran noches de soledad compartida, donde se olvidaban los golpes y zancadillas que la vida nos tendía a lo largo del camino y que nos servían para conjurar, diluido en el remanso del silencio, el espectro gris de un incierto futuro que no acertábamos a imaginar.

A veces, en esas noches tórridas, para ahuyentar la tristeza y la desazón, el abuelo se arrancaba por pajaronas, a capela:

Estas manos que, ahora,

hieren el campo,

hace sólo unas horas

te acariciaron.

El cante sonaba en la alta noche como un desgarró que atravesaba nuestros espíritus agitados, para perderse entre las frondas de los oscuros olivos.

Un triste día, un día aciago, mi padre me trajo la cruel noticia. Nuestro vecino quería comprarnos aquel trozo de vergel para ampliar su vivienda. Nosotros éramos pobres, y necesitábamos aquel dinero, que nos llegaba en bendita sea la hora. Yo debía comprender... Bujalance se expandía... Llegaban nuevos tiempos...

Esa noche tuve una terrible pesadilla. Veía enormes edificios, de fríos hierros y compacto hormigón, que se erigían como pétreos cíclopes sobre la tierra indefensa y ultrajada de mi jardín, estrujando a mi delicado almendro y destruyéndolo. Donde antes crecieran lustrosas tomateras y exuberantes y diáfanas rosas, ahora se levantaban muros de ladrillo, tristes y sin vida. Y, entonces, quise huir, pero huía hacia ninguna parte, pues era la mía una huída imposible... Cerré mis ojos con fuerza, para no ver el desatino, la implacable certeza de lo inminente. Tapé mis oídos con mis manos crispadas por no oír el gemido de la madera herida, pero un terrible coro de hachas tenaces retumbaba en mi cerebro con rotunda nitidez. Una lluvia pausada de hojas vencidas resbalaba desde las ramas del almendro hasta mis hombros y buscó cobijo en mi regazo, tierna, blandamente... Pájaros de negra sombra y ratas de afilados incisivos rapiñaban mis almendras lozanas... Un viento frío me azotó las mejillas... Llegaba el otoño con su agrídulce canción de romanza vieja, con un triste aleteo de soledades y un extraño eco de voces antiguas... Un caudal de lágrimas, salada y húmeda tristeza, se despeñó por mis ojos... y no supe discernir entre el sueño y la vigilia.

Aquel día abandoné las alforjas de la niñez y, aventurándome en la inhóspita e inextricable jungla de los adultos, me dispuse, derrotado y sin ánimo, a acometer el difícil aprendizaje de ser mayor.

Seudónimo: "Rancapinos"